

Apellido: **RINALDI**

Nombre: **JOSÉ MARÍA.**

D.N.I. Nº: **14.504.584.**

E-mail: jmrinaldi@arnetbiz.com.ar

Institución a la que pertenece: **ESCUELA DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN.
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA.**

Título de la ponencia: **"LA ECONOMÍA ARGENTINA DE ESTE SIGLO: LO
NUEVO Y LO PENDIENTE".**

Área de interés: **Economía y Políticas de la Comunicación.**

Palabras claves: **Economía, Argentina, Nueva.**

RESUMEN:

En un contexto internacional donde las economías capitalistas de los países desarrollados están experimentando una fabulosa involución de sus tradicionales estándares de bienestar, contrastando severamente con la evolución de los denominados "países emergentes", que atraen inversores nacionales y extranjeros, detentan suculentos superávits gemelos, y experimentan un crecimiento sostenible de sus economías con baja inflación; la economía argentina transcurre por un momento que merece una mirada desapasionada y objetiva, en la perspectiva histórica de su evolución reciente y la del siglo pasado, de modo tal de tener una visión panorámica que permita comprender la actual coyuntura.

Para ello, abordaremos el tema desde una visión crítica y predominantemente histórica. En esa perspectiva, plantearemos el proceso por el cual se rompen las restricciones externas y fiscales que durante setenta años, desde la década de 1930 hasta la debacle de 2001/02, dominaron la economía argentina.

Por ello, el presente trabajo realiza una visión detallada de los componentes inéditos de la política económica argentina y los aspectos pendientes que deberá afrontar en el mediano y largo plazo en pos de la sustentabilidad del modelo.

"LA ECONOMÍA ARGENTINA DE ESTE SIGLO: LO NUEVO Y LO PENDIENTE"

Por José María Rinaldi.

Introducción

El contexto internacional de las economías capitalistas de los países desarrollados está experimentando una fabulosa deconstrucción histórica de su filosofía económica basada en los estándares de bienestar y equidad, adoptando políticas económicas restrictivas sentadas, principalmente, en ajustes fiscales regresivos que llevan la marca del Consenso de Washington, cuyo fracaso fue ampliamente demostrado en los '90 y principios de siglo, con una férrea oposición popular manifestada en el proceso sociocultural que comenzó con el Mayo Español, M-15 o "indignados" que corre como reguero de pólvora en Europa, reproduciéndose y retroalimentando el resto de los países en desarrollo en lo que se ha dado en llamar "la economía que indigna"¹ y que en estos momentos ha tomado especial efervescencia en EE. UU., corazón del capitalismo, poniendo en duda su capacidad para honrar su abultado endeudamiento.

En las antípodas, de los oscuros días de los desarrollados, se encuentran los denominados "países emergentes", con instrumentación de políticas económicas más racionales en virtud de haber abandonado los patrones neoliberales del Consenso de Washington. Hoy, estos países, también denominados "países en desarrollo", han optado por atraer la inversión nacional y extranjera con una economía mixta, fuertes componentes de superávit gemelos, todo lo cual ha redundado en un crecimiento sostenible y en muy baja inflación. No es caprichoso que la mitad de la inversión mundial tenga como destino a China, sino que el capital busca el beneficio, que hoy se encuentra en los "emergentes".

No ha sido un elemento indiferente el hecho de que a poco de iniciado el presente siglo, el mundo haya sufrido un cambio estructural profundo con la impronta

del dinamismo de China y otros países del Lejano Oriente, como así también el crecimiento generalizado de países emergentes y de, los mal denominados, países en vías de desarrollo.

Así, mientras entre 1989 y 1998 los países emergentes crecieron sólo un tercio más que los desarrollados (3.8% versus 2.7%), entre 1998 y 2007 la diferencia se amplió sustancialmente a 6.5% versus 2.6%. En la actualidad, mientras los desarrollados no logran sostener tasas levemente positivas (la zona del euro 1,7 por ciento y EE.UU. 2.8%), los emergentes crecen a tasas de dos dígitos (China e India lo han hecho a más del 10 por ciento) con perspectivas de continuidad en el mediano y largo plazo.

Existen factores que demuestran que la tendencia continuará en el mediano y aún en el largo plazo. Los procesos de urbanización mundial generaron oferta de mano de obra con salarios bajos -la mitad de la población mundial viven en zonas urbanas-, ello llevó a una mayor dinámica del consumo y a la nueva “sociedad de los pobres”. Aproximadamente 4100 millones de personas en África, América Latina y Asia, cerca de dos tercios de la población mundial, están aumentando sus ingresos desde niveles muy bajos, y esto tiene consecuencias sobre la demanda de alimentos, cuyas perspectivas de mercado se acentúan por el hecho de que la mayoría de los países de África y Asia carecen de ventajas comparativas o competitivas suficientes para satisfacer esta creciente demanda.

En este contexto, sólo China incorporará más de 40 millones de personas (casi una Argentina) a la población urbana en el transcurso de los próximos tres años, lo que implicará que personas indigentes (personas que no cubren una canasta alimentaria básica) se convertirán en pobres (personas cuyos ingresos no cubren una canasta básica de bienes y servicios) destinando la totalidad de sus ingresos a consumos básicos, principalmente alimentos, lo que le dará sustentabilidad a los buenos niveles de precios de los productos básicos (commodities).

Por otra parte, las proyecciones no han sido afectadas por la crisis mundial en transcurso y con final abierto, sino que, muy por el contrario, el impacto asimétrico de la misma ha agrandado la brecha.

Esto marca a fuego las buenas perspectivas de las exportaciones primarias y de origen agropecuario argentinas. A este fenómeno, algunos economistas, políticos, comunicadores y lobbystas, le han llamado, socarronamente, “el viento de cola”, desmereciendo la política económica con la que Argentina superó la crisis del 2001².

Es decir, en el contexto internacional descripto, nuestro país se ubica claramente dentro del segundo grupo más beneficiado, con mayor sustentabilidad de mediano y largo plazo y quitando incertidumbre a las variables macroeconómicas y a las profecías apocalípticas que pretenden ser autocumplidas.

El momento por el que transcurre la economía argentina merece una mirada desapasionada y objetiva, en la perspectiva histórica de su evolución reciente y la del siglo pasado, de modo tal de tener una visión panorámica que permita comprender la actual coyuntura.

El economista e historiador Mario Rapoport, haciendo referencia al gran economista austriaco Joseph Schumpeter, sostiene que: *“Nadie puede tener esperanza de entender fenómenos económicos de ninguna época –tampoco del presente- si no domina adecuadamente los hechos históricos o no tiene un sentido histórico suficiente”*.

En esta perspectiva, quien brillantemente describe la situación actual de la economía argentina es Aldo Ferrer³. En tal sentido expresa que durante setenta años, desde la década de 1930 hasta la debacle del 2001/02, la economía estuvo sometida a dos restricciones: la externa y la fiscal. Además, en la mayor parte del período (1930-1983), la ausencia de regla para transar los conflictos provocó un escenario de inestabilidad política que agravó los desequilibrios del sistema. Es decir que en el transcurso del siglo pasado, predominaron restricciones de carácter externo, fiscal e institucional, que determinaron los déficits en el balance de pagos internacionales y las finanzas públicas, la volatilidad económica, la inflación y el lento crecimiento.

La actualidad muestra la remoción de las restricciones fiscales, externas e institucionales, aunque desde algunos sectores se esmeren por disimular dicha situación. El nuevo contexto se configura, de esta manera, en un verdadero quiebre paradigmático de la economía argentina, configurando una realidad simétricamente opuesta a la del pasado. Es decir, una “nueva economía argentina”.

Desde el fondo del pozo

El poeta catalán Joan Manuel Serrat, en sus “Bienaventuranzas”, dice que: *“Si a plazos o al contado la vida pasa factura, rebaña y apura hasta las migajas. Que si en cada alegría hay una amargura, todo infortunio esconde alguna ventaja.... Bienaventurados los que están en el fondo del pozo porque de ahí en adelante sólo cabe ir mejorando”*.

El diseño teórico del esquema de caja de conversión, fue creado en el siglo XVIII y XIX por Inglaterra, para el manejo de las colonias, bajo la denominación de “currency board” (la traducción es junta monetaria) por la que se limita a canjear moneda, y fue instrumentado por la convertibilidad en la Argentina copiando el esquema, como última salida al agudo y perseverante problema inflacionario. Pero había diferencias insalvables, en el caso de Inglaterra la relación fija estaba avalada por el Banco de Inglaterra, en la convertibilidad sólo por el Banco Central, y en base a una reserva contante y sonante. Para que hubiera sido equivalente, la Reserva Federal de EE.UU. tendría que haber sido quien avale dicho esquema.

Se basaba en una relación formal, no solamente en una relación fija, sino una relación entre reservas y la base monetaria, versión más restringida de la moneda. Ello es importante ya que cuando el esquema se resquebraja, lo que interesaba era la demanda monetaria expresada en los agregados denominados como M1, M2 y M3, de esta manera el informe crítico del FMI destaca las debilidades de la convertibilidad mediante un cuadro de la relación entre las reservas totales y estos fondos para la caja de conversión. El caso de convertibilidad más importante que había en ese momento era Hong Kong, donde las reservas eran de 4 veces en proporción superior a la Argentina.

El problema genético del diseño de la convertibilidad, repetimos, es la ausencia del aval del país que emite la moneda que es patrón, el gobierno de EE.UU. De allí que se nos “soltó la mano” con la respuesta de que: “si quieren dolarizar dolaricen pero bajo su propia responsabilidad”, es decir la “Fed” no podía avalar la reserva monetaria de un país que, en lo formal, era independiente.

De esta manera, la convertibilidad funcionó, mientras fue sostenida por el flujo de capitales, luego se revirtió y la convertibilidad cayó de la misma forma que en la

crisis internacional de 1930, cuando el flujo de capitales se invirtió y se debió abandonar el sistema de patrón oro.

El segundo gran problema era de implementación, ya que la caja de conversión requiere de economías saneadas y no para sanear la economía, poniendo a la convertibilidad como un “cinturón de castidad” obligando a las variables a comportarse acorde a lo establecido por el “mantra neoliberal”.

Un tercer problema fue el diagnóstico internacional e interno. En el primer caso, se suponía que se mantendrían las condiciones vigentes de la economía global, como si se tratara de mercados indemnes a la volatilidad económica, y que mientras ingresaba capital toda la deuda tenía asegurada la refinanciación y quedaba compensada por la existencia de divisas, lo que sumado a la apertura indiscriminada nos dejaba a la suerte del lado más bestia de la economía, la globalización especulativa. En el caso del diagnóstico interno se supuso un ajuste automático de los precios relativos, pero predominaron los precios de los servicios respecto a los precios de los bienes, sin modificar la estructura productiva existente, y esto agredió notablemente a sectores económicos productores de bienes transables, es decir bienes susceptibles de exportación, que vía el tipo de cambio estaban subsidiando al resto de los sectores; y el sector agropecuario debilitado por la situación interior, entra en la convertibilidad con precios muy retrasados. Nunca a través de toda la convertibilidad pudo llegar a actualizarse esos precios, sin que se conozca ningún tipo de queja del sector.

Esta era la “miopía” de la convertibilidad, ya que fijaba sus objetivos en el muy corto plazo y con una sobreutilización de instrumentos para atraer la entrada de capitales, que prolongaba la agonía anunciando su fin como un verdadero choque de trenes en cámara lenta.

En dichos del FMI, la convertibilidad había sido estratégicamente diseñada de tal manera, que la alternativa de abandonar la paridad fuera costosa y esos costos fueran aumentando con el correr del tiempo, a medida que la paridad fija determinó comportamientos que se reflejaron en los balances de las empresas y otros aspectos de la vida económica. Todas las políticas instrumentadas estrecharon la posibilidad de una salida ordenada.

Con este panorama, y en un claro clima de sobreproducción de instrumentos, se profundizó el déficit fiscal con el objetivo de financiar el balance privado de divisas, como si el endeudamiento no tuviera techo alguno, manteniendo el tipo de cambio luego de oleadas de devaluaciones en el mundo y fuertes fugas de capitales.

El esquema implosionó, mediante el control de cambio, el 3 de diciembre de 2001, cuando se anunció el corralito. Nuevamente, en dichos del FMI: para diciembre del 2001 era obvio que no podría evitarse una devaluación del peso y una reestructuración integral de la deuda que redujera su valor presente neto, y que ningún programa sería sostenible si las autoridades argentinas no estaban dispuestas a considerar estas opciones.

Por su parte, el informe del Ministerio de Economía del ministro Lavagna, en el 2002, plantea “la trampa” en la cual se sumergía la economía: se cerraba y el costo de salida crecía exponencialmente. A la inestabilidad de la crisis, se sumó una impericia total para manejar su salida. De todas las alternativas que había se eligió la peor, salir en condiciones de aguda recesión e iliquidez, con el sistema bancario suspendido, indexación asimétrica de créditos y depósitos, y liberando y unificando la situación cambiaria.

De esta manera, el ajuste cambió el país arrasando con los indicadores sociales a niveles inéditos de desocupación, pobreza e indigencia, arrastrando a amplios sectores sociales y dejando a otra gran cantidad en “zona de riesgo”.

LA NUEVA POLÍTICA ECONÓMICA:

La devaluación, que hizo estragos en los sectores medios con los manotazos a los plazos fijo y depósitos en dólares, la pesificación asimétrica y el denominado “corralón”, generaron graves perturbaciones financieras, cambiarias y fiscales en un ámbito dónde las profecías de los “aprendices de Nostradamus”, vaticinaban un dólar a 10 pesos.

El cambio de los precios relativos, con base en un dólar a 4 pesos, por sí solo iba a ajustar la economía, y este ajuste generaría nuevas formas de compensación de los balances básicos de la economía y el crecimiento.

El impacto fue muy fuerte en la corriente real. La caída del nivel de actividad en el 2002 fue la mayor caída de la historia económica argentina. El PBI se derrumbó 10.9%, similar a 1914, y superior al de 1931 y 1932. El PBI real del primer trimestre del 2002 era igual al PBI de 10 años atrás.

En términos oficiales el informe del Ministerio de Economía del 2002 analiza esta situación y dice: el bajo traslado de la devaluación a los precios fue delineando una nueva estructura de precios relativos de bienes y servicios de los factores productivos, a diferencia de las devaluaciones de los años 80 que se trasladaban a los precios. Es decir, históricamente se producía una devaluación y marcaba el piso de la inflación, ahora se produjo exactamente a la inversa, la devaluación era el techo.

A partir del segundo trimestre del 2002, y a pesar de los pronósticos tremendistas, la economía comenzó a comportarse de acuerdo al diagnóstico del gobierno, se interrumpió la caída e inició una paulatina recuperación.

Es decir, el modelo es marcado a fuego por el tipo de cambio devaluado y el cambio en la estructura de los precios relativos, pero se le plantean potenciales límites impuestos, principalmente por las condiciones internacionales y las tendencias inflacionarias.

En lo referente al primer aspecto, es lo que permanentemente ha sido mencionado como “el viento de cola”, único responsable de los “éxitos” de la política económica actual, consistente en el dinamismo que le otorgaron a la economía del mundo, en el transcurso del presente siglo, países como China, India, Brasil y Rusia (los denominados BRIC’s) impulsando el precio de los productos básicos -volveremos sobre este aspecto-.

La otra limitante la constituye la inflación. Si bien fue importante durante el transcurso de los años 2002-2003, como consecuencia de la devaluación y con impacto heterogéneo, luego se estabilizan los índices hasta que, principalmente a partir del 2008, y como consecuencia de la denominada crisis alimentaria -manifestación en los productos básicos de la crisis financiera mundial-, comienza a constituirse en un elemento de preocupación y debate político entre los defensores y detractores del modelo. De esta manera hay quienes plantean el peligroso derrame de emisión monetaria, otros que hablan de saturación de la capacidad instalada por falta de

ambiente para las inversiones, y en definitiva se reinstala el debate entre las posiciones monetaristas y estructuralistas respecto a la inflación y al denominado “enfriamiento” o “recalentamiento” de la economía.

En este ámbito de pulseada doctrinaria, la presidenta del BCRA ha anunciado la flexibilización del programa monetario y el aumento de la emisión a un ritmo del 30% anual, de modo tal de acompañar el proceso de expansión económica, en un claro posicionamiento en contra del “enfriamiento” de la economía.

Todo ello, en un importante marco de superávits de los balances fiscales y externos, muy lejos de la realidad del pasado en la que los balances macroeconómicos llevaban la impronta de los déficits fiscal y externo, parchados con emisión.

A esta altura del análisis, sería oportuno resaltar que, a partir de los hechos descritos supra, nos encontramos ante un verdadero acopio de evidencias empíricas las que formarán las nuevas teóricas explicativas y predictivas de la actividad económica, principalmente desde la impronta de la crisis mundial. En línea con las políticas mencionadas en los párrafos anteriores, se encuentra el hecho ineludible del “derrame monetario” de más de 9 billones de dólares, por parte de EE. UU. y el Banco Central Europeo, desde comienzos de la crisis mundial y hasta la actualidad, dichas economías se encuentran en severos procesos deflacionarios que los ha llevado, prácticamente, a anular las tasas de interés, continuar con una activa política monetaria (denominado el QE2 por parte del Banco de la Reserva Federal de los EE.UU.). Ello no es un dato menor, ya que hasta estas evidencias, era impensado que una sideral emisión monetaria, como la descrita, no fuera acompañada por un severo proceso inflacionario en la visión monetarista.

Los aspectos inéditos

Podríamos decir que el clima recientemente descrito, es una expresión de deseos o una sensación exagerada, pero para un país que durante el período comprendido entre los años 1930 y 1983 solucionaba sus desequilibrios macroeconómicos mediante la inestabilidad institucional que interrumpía los procesos

democráticos y se constituía en una nueva y severa restricción que retroalimentaba esos desequilibrios, la existencia de resultados macroeconómicos inéditos deben ser destacados como respaldo a un optimismo que, de no ser así, podría caer en el calificativo de “patológico”.

En primer lugar, no existen antecedentes en la historia económica argentina de un crecimiento del 65 por ciento del PBI, a precios constantes del año 1993, entre el año 2003 y 2010 (si lo comparamos con el año 2002 el incremento de la actividad económica es de casi un 80 por ciento). Adicionalmente, desde el denominado modelo de sustitución de importaciones (ISI), en su etapa conocida como difícil (1964-1974), en el que la economía de nuestro país interrumpe las periódicas tasas negativas de crecimiento del PBI (período del stop-go), que Argentina no tiene nueve años ininterrumpidos de crecimiento económico a tasas muy superiores a las del ISI.

No solamente existen grandes tasas de crecimiento económicas denominadas “asiáticas”, sino que el propio Fondo Monetario Internacional les da sustentabilidad en sus perspectivas económicas. Este organismo, no sólo pronostica que en el año 2016 el PBI de China superaría al de Estados Unidos, sino que también presenta una amplia proyección de Argentina, la que ocupa el tercer lugar y está en el rango 21° dentro del ámbito mundial.

Desde lo metodológico, utiliza el PPA (Producto por Poder Adquisitivo), que elimina las distorsiones cambiarias y permite comparaciones homogéneas, establece que nuestro PBI en 2010 habría llegado a u\$s 642.4 miles de millones y en seis años más ascendería a u\$s 910.3 miles de millones.

Como sostiene Salvador Treber⁴: *“Del cotejo de ambas magnitudes surge que sus técnicos esperan que crezca en ese lapso un nada despreciable 41.7%; o sea, a una media anual del 6.95%. Si optamos por establecer la misma relación con respecto a las últimas cifras disponibles, definitivas y revisadas que corresponden a 2008 (las de 2010 todavía están sujetas a ese proceso) cuando el PBI era de u\$s 557.9 miles de millones, dicho incremento “salta” nada menos que a un 63.2%; que, después de los excepcionales de China del 138.4% e India con 113.1%; ¡es el más alto del planeta!”*.

Este “secreto a voces” es una novedad poco difundida en nuestros comunicadores, más aún cuando de ello se desprende que Brasil, la mayor economía

latinoamericana y 7° a nivel planetario, destinatario de tantos elogios y juicios laudatorios, según el FMI para el período 2008-2016 implicaría un aumento del 56.7%, ligeramente por debajo de nuestro país.

Treber, en la nota mencionada, dice: *“Si medimos en función de la segunda economía de América Latina, ubicación que corresponde a México, la evolución prevista para dicho país por el FMI eleva su PBI en el mismo lapso en un 38.6%. Dado que son las mejores probables gestiones que percibe el citado organismo internacional, al estar colocados en un lugar tan preferencial de las proyecciones, sería muy conveniente que abandonemos la penosa modalidad de hacer augurios injustificadamente funestos y hacer cundir un dejo de pesimismo que los empresarios no están sintiendo en sus bolsillos”.*

Bajo el enfoque del producto “per cápita”, las expectativas del organismo público es que para 2016 llegue a u\$s 21.674, es decir que tendrá un incrementado del 54.9%, mientras que el de Brasil, para el mismo año, será de u\$s 13.471 que implica un aumento del 33.8%; mientras que para México, que en 2008 nos superaba, para el 2016 quedaría detrás, con u\$s 18.476.9. Es decir que Argentina se encuentra, por primera vez, en instancias de liderar el ingreso per cápita de América Latina.

En lo que al comercio exterior se refiere, y como hecho sorprendente e inédito, en el año 2010 las exportaciones correspondientes al rubro de manufacturas de origen industrial (MOI) superaron a las manufacturas de origen agropecuario (MOA), lo cual implica un quiebre paradigmático del modelo que se venía planteando durante más de tres décadas y media. En este fenómeno, se ha destacado el complejo automotriz y la reorientación regional de las exportaciones, que han permitido eliminar una de las restricciones estructurales de la economía argentina, los déficits externos.

Otro elemento que colaboró al fenómeno recientemente descrito es la reestructuración de la deuda, proceso iniciado en el 2005, mediante una significativa quita del capital sobre los pasivos en default en las dos fases del canje, hecho severamente castigado por el poderoso “Gran Hermano” financiero (hoy en extinción), que nos impidió el acceso al mercado de crédito internacional. Pero, como no hay mal que por bien no venga, el superávit fiscal permitió la cancelación de los compromisos y la implementación de la estrategia de pagar deuda con una pequeña porción de las

engordadas reservas del Banco Central. De esta manera suprimimos una cuenta de más de 9 mil millones de dólares con el FMI a fines de 2005. Por último, desde el año pasado, con la misma metodología, se agregó el pago de bonos en cartera de privados y se instrumentó la creación del “fondo del bicentenario” (7.509 millones de dólares) con el mismo objetivo.

De esta manera, la deuda representa en la actualidad 47% del PBI, bastante menos que el 166% de 2002, que refleja la combinación de un fuerte crecimiento de la economía, ya descripto, con un intenso proceso de cancelación de deuda en ese período. Si bien se trata de un abultado pasivo que implica servicios para el frustrado Presupuesto 2011 de 9.095 millones de dólares, muestra un panorama aliviado al analizar la composición de la deuda por acreedor: la mitad está en poder de dependencias del sector público (el Banco Central, la Anses, el Banco Nación y el Fondo de Garantía de Sustentabilidad del régimen provisional), sólo un tercio (55.542 millones de dólares), apenas el 17,2% del PBI, está en manos de inversores privados en el mercado.

La novedosa distribución de la deuda por acreedor representa un notable cambio estructural, normalmente “olvidado” en las evaluaciones de los pasivos públicos. De los compromisos anuales a cancelar, la mitad serán operaciones dentro del sector público, descomprimiendo las complicaciones y exigencias de tasas de interés más altas que las vigentes en plaza.

Estas circunstancias no han generado mayores problemas en las economías desarrolladas, y mientras que para nuestro caso han sido utilizadas como severas señales de alerta por parte de la ortodoxia, han sido recibidas con beneplácito por la misma corriente del pensamiento dominante en los países capitalistas en crisis.

Sin temor a abundar en el tema, el hecho inédito lo constituye, también, la disminución de las “auditorías” y capacidad de intervención del poder del mercado financiero y los organismos públicos internacionales ante la necesidad de fondos para refinanciar los pasivos.

Mientras que durante la convertibilidad la deuda era impagable, actualmente es comparativamente menor que la de la gran mayoría de los países desarrollados e incluso

que la de algunos países latinoamericanos, como Brasil. Ello ha valido el reconocimiento de la Secretaria de Estado de los EE.UU. Hillary Clinton.

Íntimamente relacionado a este logro inédito, se encuentran otros dos: la nacionalización de las AFJP y el exuberante nivel de las reservas.

En el primer caso, la crisis mundial dejó al desnudo las falencias del mal llamado sistema privado de jubilaciones (ya que las principales prestaciones las realizaba el Estado). La valiente decisión significó la recuperación de un voluminoso stock de títulos públicos que pasó a integrar el Fondo de Garantía de Sustentabilidad del sistema previsional estatal, lo que sumado a la compras realizadas por el Banco Nación, la Anses y el Banco Central, a precios de default, permitieron el panorama mencionado supra.

En el segundo caso, por vía de la política de mantener un tipo de cambio devaluado, el Banco Central ha realizado compra de dólares, durante el transcurso del año y en forma diaria, por valores cercanos a los U\$S 5.000 millones, con el claro objetivo de mantener la competitividad de los exportadores, pilar fundamental del esquema económico implementado desde el 2003 a los fines de la protección natural que brinda esta política cambiaria. Ello ha llevado al Central a reforzar sus reservas a niveles, también inéditos en la historia económica argentina, que superan los U\$S 52.000 millones y permiten ubicar la cotización del dólar en el valor que la política cambiaria del gobierno lo desee.

De la manera concatenada en que ha sido descripto el proceso, el resultado ha sido la eliminación de una de las grandes e históricas restricciones de la política económica argentina, los desequilibrios del sector externo. Esta virtud, ha sido potenciada por, en otro caso inédito, la eliminación de su “gemelo”: el desequilibrio fiscal que tantas noches desveló a nuestros economistas; bastaría con recordar que durante la convertibilidad, y a pesar de la liquidación total de las empresas del estado, sólo un año lograron revertir dicho déficit.

De esta manera, se acaba de anunciar que la recaudación tributaria del mes de mayo alcanzó un nuevo récord histórico (50.640,1 millones de pesos), 28.7% mayor a la del mismo mes del año pasado y en el acumulado del año significa un incremento del 33 por ciento respecto a idéntico período de 2010. El buen desempeño de la recaudación se

explica por los ingresos de IVA, Ganancias (mes de vencimientos) y Contribuciones Patronales.

Por su parte, la recaudación del IVA creció 47.7% en mayo gracias al alza del consumo, el impuesto a las Ganancias alcanzó un crecimiento del 22.4% anual y el impuesto a los Bienes Personales creció un 11,7 por ciento con relación a mayo de 2010.

Con ello, queda claro que desaparecieron los fantasmas de las severas restricciones fiscales y externas que torturaron a la Argentina durante más de tres décadas.

Por último, no debemos olvidar otros avances en algunas distorsiones estructurales de nuestra economía como: las tendientes a eliminar los monopolios, como lo es el caso paradigmático de la ley de medios; las que tratan de eliminar la indigencia por vía de la asignación universal por hijo; las nuevas incorporaciones de mecanismos regulatorios; mejoras, aunque insuficientes, en la participación de los gastos de educación y en la retribución al factor trabajo, entre otras. Elementos desmantelados en sus aspectos simbólicos y materiales por la “minimización” del Estado durante los ´90.

Reiteramos, todo ello se constituye en suficiente respaldo del proceso de “*desnaturalización de los análisis económicos*”⁵ de aquellos que plantean que, en la contundencia de los indicadores económicos, todo se debe al “viento de cola”. Tal vez, como sostiene Claudio Katz⁶, el calificativo de “modelo” de la política económica argentina en la actualidad puede resultar una calificación abusiva en comparaciones con otras etapas de la historia nacional, como el esquema agro-exportador o el modelo de sustitución de importaciones, pero totalmente pertinente frente a la convertibilidad.

Las tareas pendientes

Los inéditos resultados económicos detallados en el punto anterior se encuentran preñados de potencialidades y nuevos desafíos para el futuro de la política económica argentina.

Si bien el crecimiento se ha realizado a “tasas asiáticas”, la distribución de la riqueza sigue siendo un tema pendiente. Así lo ha reconocido la Presidenta, durante su

visita a México, al mencionar que: *“De aquí en adelante, el gran desafío de la generación del Bicentenario en nuestros países es el combate contra la desigualdad”*.

En lo que a ello refiere, la diferencia entre el 10 por ciento más rico de la población y el 10 por ciento más pobre, durante el año 2010, es de 19.5 veces, mientras que en 1974 la diferencia era de sólo 7 veces. Si bien la mejora ha sido sustancial (en el año 2001 la misma diferencia era de más de 28 veces) el camino por recorrer es importante. Debe aclararse que en Argentina los datos son parciales y obtenidos de las encuestas permanentes de hogares, cuyas limitaciones son importantes ya que toman datos sólo sobre la base de algunos conglomerados urbanos, sin contemplar la población rural.

Al respecto, se ha manifestado el economista del Plan Fénix y del CEFID-AR, Jorge Gaggero, cuando destaca la importancia de *“...distinguir entre los procesos y políticas que definen la distribución denominada "primaria" de los que operan en la fase "secundaria". La "primaria" es la fase de la distribución que resulta de la interacción de los mercados, la "sociedad civil" (u "organizaciones del pueblo") y el Estado, con sus intervenciones y regulaciones de todo tipo, excepto la "propriadamente fiscal" (vale decir, la que se realiza a través de la recaudación de impuestos y otros ingresos públicos y de la asignación del gasto público). La segunda, la "secundaria", se refiere entonces a la "corrección" -usualmente progresiva, proequitativa- que realiza la acción fiscal del Estado a la "distribución primaria", bastante inequitativa en todas partes”*⁷.

Es por ello que resulta imperativa una reforma tributaria que repare en los frentes referidos a los aspectos macroeconómicos, distributivos y de competitividad. La misma deberá contemplar una reducción sustancial de la evasión y elusión impositiva, ya que no hay impuesto más regresivo que el que no se paga; reducir los impuestos a los consumos que siguen representando la mitad de la recaudación; la estimulación de las actividades internas; la eliminación de las exenciones a las actividades especulativas y rentas de capital; el incremento de la presión fiscal sobre las personas más ricas, principalmente el 1 % del decil de mayores ingresos; y eliminar las asimetrías que afectan a las PYMES de la actividad productiva.

La inquietud parece haber sido tomada, inclusive por los sectores empresarios, ya que se acaba de conocer un proyecto de reforma tributaria en el ámbito del Foro de Entidades Empresarias de la Región Centro, que tímidamente propone algunos de los aspectos señalados.

En la misma perspectiva, Gaggero propone que, en lo referente al gasto será necesario una *“mayor eficacia administrativa y reguladora del Estado, una dirección más eficiente y racional de sus subsidios, una más alta y mejor direccionada inversión pública y una ambiciosa y equilibrada coordinación regional constituirían otras tantas asignaturas estratégicas indispensables”*.

De esta manera, se facilitaría la eliminación de la indigencia (verticalmente disminuida por la asignación universal por hijo) que todavía representa un 2.5 % de la población, es decir más de 1 millón de personas con hambre en un país que exporta alimentos para 400 millones de personas; la disminución de los niveles de pobreza, casi un 10 por ciento de los individuos se encuentran en dicha situación, la que dista mucho del 54% de individuos en el año 2002, pero es perfectible; y los niveles de desocupación, levemente superior al 7% (en la convertibilidad superó el 18% y en el 2002 llegó al 21.5%), pero todavía similares a los de 1989, año de la “hiper”.

No existe experiencia en el mundo en que se haya dado un proceso de desarrollo sustentable, sin la base de una distribución equitativa de la riqueza y excelentes indicadores de calidad de vida.

Con los mismos objetivos, será necesaria una urgente reforma financiera que haga hincapié en el crédito como servicio público, ya que el sistema se encuentra sentado en un “colchón” de plata que sólo es orientado al sector público y los préstamos personales, con altísimas tasas de interés.

Basta recordar que, según datos del Banco Mundial para el año 2008, la proporción de créditos del sistema respecto al PBI es de un escaso 13.71%, (ratios inferiores a los de Tanzania, Zambia y Uganda y similares a los de Argelia, Liberia y Angola), mientras que países como Chile detentan un 97% y Brasil un 54%. En la otra punta, Dinamarca tiene un 218%, el reino Unido un 210%, EE.UU. un 190% y China un 104%.

Con el fin de cerrar el esquema de política económica, y en la perspectiva planteada, será prioritario refinar la definición de un patrón industrial integrado en forma vertical (ya que el complejo automotriz depende en dos terceras partes de insumos importados) que priorice el valor agregado y la investigación y el desarrollo en el área de las nuevas tecnologías. Todo ello coordinado con la definición de un nuevo concepto de desarrollo en el que los lineamientos estratégicos estén definidos, en el marco descripto, por el Estado, y para lo cual la recuperación y participación del INTI en el esquema es un signo alentador.

No debemos confundir esta recomendación con los malos augurios de algunos “sectores especializados” que anuncian la vertical caída de la economía como consecuencia de la insuficiencia de la inversión o el proceso inflacionario, otro de los temas preferidos de estas “fuentes calificadas”.

Con respecto a la inversión, cabe aclarar que Argentina registra un nivel del 23% del PBI, similar al de Canadá y superior al de EE.UU. (18%), México (20%), Alemania (19%), Suecia (20%), el Reino Unido (17%) y Brasil (19%); siempre con datos del Banco Mundial. Los argumentos se basan en la comparación con las economías asiáticas (China con un nivel de inversión del 44% e India un 40%) con bajísimos niveles de consumo e imposición de severos sacrificios a su población. Indudablemente la comparación es brutal y mal intencionada ya que nadie explica la línea argumental por la cuál se sostiene que el 25%, del índice de inversión del segundo trimestre del presente año, es insuficiente.

La otra preferencia de lo “críticos” es la inflación y la necesaria reducción del nivel de actividad en el convencimiento que el “calentamiento” de la economía llevara a niveles de precios superiores al 20% anual. Ante ello, surge la imperiosa necesidad de poner en marcha el “termostato monetario” para “enfriar” la economía pero sin dar a conocer las medidas concretas.

Por último, y lejos de estos verdaderos “vendedores platos rotos”, habrá que definir medidas de mediano y largo plazo que solucionen los estrangulamientos estructurales que representan el proceso de concentración y extranjerización de la propiedad (el proyecto de ley que limita la extranjerización de la tierra parece ser un buen comienzo) de manera tal que se pueda corregir una de los principales causas de las

permanentes amenazas inflacionarias que de forma profética se anuncian desde el año 2006.

El objetivo final, será la sustentabilidad de la eliminación de las restricciones históricas de nuestra economía (externas y fiscales) y la mayor competitividad de la economía.

Conclusión

El hecho de que el ritmo económico de Argentina haya sido elevado en un 9.1% de junio del año pasado al actual, el más alto del presente siglo, la inversión llegue a un 25% del PBI, se obtenga record recaudatorio, experimente un buen ritmo de exportaciones de manufacturas de origen industrial, no tenga sobresaltos fiscales ni externos, sumado a una economía que funciona sin perturbaciones en el clima caótico de la crisis mundial (recordemos que Argentina tuvo tasa positiva de crecimiento económico en el transcurso del año 2009); han creado el clima propicio para realizar un análisis crítico constructivo de los que se ha dado en llamar “el modelo” o proyecto “neo-desarrollista”.

Todo ello sin pasar por alto que, se ha estimado que para erradicar el hambre en el mundo es indispensable que la disponibilidad alimentos suba un 70%. En ese contexto de largo plazo, Argentina tiene mucho para ganar y no debe despreciar, así lo reconoce el Plan Estratégico Agroalimentario y Agroindustrial (PEA) 2010-2016.

Es obvio que los indicadores, detalladamente mostrados a lo largo del presente trabajo, dejan a las claras que no se trata de un “golpe de suerte” o “viento de cola”; tal como se lo ha mencionado por el discurso de sectores de la comunicación, lobbystas, “críticos”, “fuentes calificadas” o “especialistas”; temibles personajes que apelan al falseamiento de la verdad enrareciendo los escenarios proselitistas y dejando sus roles de entidades, organismos, instituciones, etc. que hasta hace poco sólo emitían “informes especializados”.

Esta verdadera “Vulgata” no debe ser un impedimento a los fines de observar los verdaderos estrangulamientos y cuellos de botella de la política económica argentina, pero en una visión más profesional y menos apasionada. La coyuntura actual es propicia

para avanzar en un verdadero “modelo” que transite por las grandes metas de la equidad distributiva y la sustentabilidad del desarrollo.

Referencias

- ¹ HaLimi Srge. Derrumbe económico y riesgo democrático: “El sueño de una sociedad de mercado. Le Monde diplomatique, año XII, N° 145, Julio de 2011.
- ² Rinaldi José María. “*Hace falta tanto viento*”. Suplemento Factor de diciembre de 2010.
- ³ Ferrer Aldo. “*La nueva economía argentina*”. Serie de tres notas publicadas en [Uwww.elargentino.com](http://www.elargentino.com)U.
- ⁴ Treber Salvador: “*Diagnósticos del F.M.I. sobre Argentina*”. La Voz del Interior, jueves 17 de junio de 2011.
- ⁵ Treber Salvador: “*La desnaturalización de los análisis económicos*”. Comercio y Justicia, 29 de Julio de 2011.
- ⁶ Katz Claudio: “*Los nuevos desequilibrios de la economía argentina*”. Disponible en <http://www.herramienta.com.ar/herramienta-web-6/los-nuevos-desequilibrios-de-la-economia-argentina> .
- ⁷ Gaggero Jorge: “*La reforma fiscal necesaria: sus lineamientos*”. La Nación, 28 de mayo de 2011.

Bibliografía

1. Banco Mundial. “*World Development Indicators 2010*”.
2. Banco Mundial. “*Informe Sobre el Desarrollo Mundial 2010*”.
3. Basualdo Eduardo. *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX hasta la actualidad*”. Siglo XXI Editores. Buenos Aires 2010
4. Centro de Estudios Para el Desarrollo Argentino. “*La anatomía del nuevo patrón de crecimiento y la encrucijada actual. La economía argentina en el período 2002-2010*”. Editorial Cara o Ceca. Buenos Aires 2010.
5. Ferrer Aldo. “*El futuro de nuestro pasado*”. Ed. Fondo de Cultura Económico. Buenos Aires 2010.

-
6. Fondo Monetario Internacional. “*World Economic Outlook*”, abril de 2011.
 7. Frenkel Roberto y Rapetti Martín. “La crisis mundial desde la perspectiva de los países en desarrollo: algunas reflexiones”. Revista Nueva Sociedad N° 224, noviembre-diciembre 2009.
 8. Khang Hyun-Sung. “Sobrevivir a la tercera ola”. Revista Finanzas y Desarrollo, Diciembre de 2009, Fondo Monetario Internacional.
 9. Rapoport Mario y Brenta Noemí. “*Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*”. Ed. Capital Intelectual.2010.
 10. Rapoport Mario. “*Las políticas económicas de la Argentina. Una breve historia*”. Grupo Editorial Planeta. Buenos Aires. Agosto de 2010.
 11. Shen Yuan, Guo Yuhuna, Ping Jun y Sun Living. “*Las falencias del modelo político y social chino*”. Le Monde diplomatique, año XII, N° 145, Julio de 2011.